

garita Xirgu recitaba para nosotros romances españoles, o sonetos de Quevedo y de Góngora. Cuando María Rosa se fue a trabajar a los Estados Unidos, que era por entonces un país en guerra, cuenta que sus amigos la despedimos con un banquete monstruoso en un restaurante de la calle Florida. Yo tenía idea de haber visto un mono en ese banquete, un mono con una librea de colores que abría una caja, y después de vacilar un momento nos entregaba un papelito con la suerte. La idea me pareció tan absurda, que para salir de dudas hablé con Luis Saslavsky, suponiendo que él habría organizado el banquete. Luis Saslavsky no se acordaba de nada. Sin embargo, como yo insistiera, hizo memoria y tuvo que admitir que él había ido a una sociedad de magos, y contratado a un organillero que se presentó con su mono en el banquete. Los recuerdos de María Rosa despiertan muchos recuerdos en mí, serios y fútiles. Y a veces los fútiles no son los que menos me conmueven.

*Mi fe es el hombre* trasunta optimismo, que buena falta nos hace a los argentinos en el día de hoy, y otros rasgos peculiares de María Rosa Oliver: dinamismo, energía, calor humano, alegría de vivir. En una palabra: felicidad. En los dos primeros tomos de sus *Memorias* no faltaban momentos de felicidad, de intensa felicidad a pesar de la prueba terrible de la poliomielitis, a tal punto que el primero, *Mundo, mi casa*, iba a llamarse *Casi un paraíso*, y María Rosa se vio obligada a buscar otro título cuando se enteró por mí que Corrado Alvaro lo había utilizado ya. Sin embargo, creo que durante los años que abarca este libro —de 1935 a 1954— quizá María Rosa no se haya sentido nunca más contenta, y al decir contenta quiero decir de acuerdo consigo misma, porque no obstante los halagos que hubiera podido ofrecerle su medio social, y a pesar del cariño de los suyos con los cuales fue siempre tan unida, María Rosa entró por fin en el mundo que realmente le interesaba: el mundo de las ideas, las artes, las letras, la política; creo también que esos años han sido los que mejor han favorecido sus virtudes. María Rosa no hizo ya viajes de placer, sino viajes de trabajo, que era lo que más placer le daba, y en su andar por el mundo ejerció con entera libertad lo que me atrevo a considerar su virtud por excelencia: la facultad de hacerse amigos y de crear con las personas que le interesaban una instantánea intimidad. María Rosa fascinaba a las personas porque las personas la fascinaban. Tenía el don casi mágico de adivinar el estado de ánimo de sus amigos, de discernir sus pensamientos o sentimientos. Recuerdo una noche hace muchos años. Yo era joven y los jóvenes suelen estar alegres o tristes. Aquella noche yo estaba triste. Después de cenar, salimos al corredor de una casa de Mar del Plata. En el corredor había una reposera, una reposera muy ancha, con techo. Por entonces María Rosa no andaba en silla de ruedas. Con ayuda de Pepa, la

criada que la acompañó durante tantos años, María Rosa se instaló en la reposería y yo me recosté a su lado. Era una noche sin luna. Había cerrado las persianas de la casa y la oscuridad del corredor era absoluta. Estuvimos uno al lado del otro, callados, bastante rato.

De pronto sentí que me pasaban un dedo por los ojos. María Rosa había adivinado que los tenía húmedos y quería comprobarlo. Han pasado muchos años, lo repito, no recuerdo la causa de mi tristeza, pero recuerdo el ademán de María Rosa y recuerdo mi súbito bienestar. Sin preguntarme nada, sin que yo le hiciera ninguna confidencia, María Rosa me decía en silencio que estaba a mi lado y que yo podía contar con su amistad.

No sé por qué termino mi nota con esta anécdota insignificante. Quizá para demostrar hasta qué punto el título de este libro, *Mi fe es el hombre*, me parece exacto. María Rosa era una amiga devota de sus amigos, pero no se detenía en sus amigos. Iba más allá. A través de sus amigos era amiga del hombre. Había puesto su fe en el hombre, en el espíritu del hombre. Creía que el espíritu del hombre incide en el mundo y puede cambiarlo para bien, incesantemente.

## Julio Cortázar\*

El sábado 11 de febrero, hablamos de Julio Cortázar. Comíamos juntos tres amigos. Uno de ellos, argentino tan ilustre cuyo nombre prefiero callar para que no se diga que hago gala de la buena voluntad que me demuestra, contó que varios años antes, en París, Cortázar le recordó con gratitud que había publicado su primer cuento en una revista que aquel dirigía en la década del cuarenta, e ilustrado por su hermana. Los escritores, cuando jóvenes, sabemos la emoción que eso nos causa. Yo me referí a «La autopista del Sur», el primer relato de *Todos los fuegos el fuego*. Qué sensación de maestría, de exaltación y de tristeza me dio ese relato. No sé por qué, quizá sin razón o contra toda razón, lo asociaba a Kafka, a un Kafka menos sobrio y menos lúgubre, a un Kafka que no llegaba a deprimirme. Traté de contar el argumento. Por suerte, mi otro amigo, el poeta colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, conocía el relato. Bastante más joven y con mejor memoria y locución que yo, me auxilió en la tarea. En fin, elogiamos el talento literario de Cortázar, su valentía, su desinterés. Yo señalé, también, que había cedido a una causa política en la cual creía, los derechos de su último libro. De vuelta a casa, leí hasta muy tarde. No sé que diferencia de hora hay entre París y Buenos Aires, pero cuando apagué la luz, decidido a dormirme, otra luz, la luz del día, entraba por la ventana. Es

\* Publicado en La Nación, Buenos Aires, a raíz de la muerte de Cortázar (1984).

posible que Julio Cortázar ya hubiera dejado de existir. Qué sorpresa tuve en la tarde del domingo cuando supe que había muerto. Llamé a Cobo Borda, le di la noticia. No podía creerlo. Me dijo: «Anoche, como si lo presintiéramos, le hemos rendido un homenaje».

## Distracciones de un filósofo\*

Hace ya bastantes años leí un artículo de Saúl Bellow traducido al español. Se llamaba «Distracciones de un novelista», y la traductora, al pie de página, señalaba las diversas acepciones que tiene en lengua inglesa el verbo *to distract*. Un libro que he recibido de México me ha traído a la memoria el artículo de Bellow. El libro es *Manual del distraído*, de Alejandro Rossi y, si no de un novelista, merecería llamarse «Distracciones de un filósofo», ya que cumple sin esfuerzo con la acepción más placentera que tiene el verbo distraer en español. «Distraer: esparcir el ánimo, divertirse». Alejandro Rossi se distrae y nos distrae. Antes de conocerlo yo seguía asiduamente, en las entregas de la revista mexicana *Plural*, la antigua *Plural* de Octavio Paz, muchos trabajos que hoy integran *Manual del distraído*, y hacia toda suerte de conjeturas acerca de la identidad de Alejandro Rossi, ensayista capaz de abandonarse como quien juega al ejercicio del pensamiento y de abordar con igual brillantez los géneros más dispares, desde la indagación filosófica y literaria hasta el relato, la confesión o el recuerdo. Después leí *Lenguaje y significado*, conjunto de cinco ensayos sobre problemas de semántica filosófica, que me pareció árido, más que arduo, porque presupone en el lector una cultura filosófica que yo no he tenido jamás. Pero este libro me permitió descubrir que Alejandro Rossi era filósofo, filósofo del lenguaje, y a su condición misma de filósofo atribuí esa capacidad para hablarnos de la vida en términos generales, y de su vida, de su propia vida, con ejemplar lucidez. Sin embargo, he aquí que en *Manual del distraído*, Alejandro Rossi reniega de su condición de filósofo; ni siquiera se atreve a considerarse un pensador; es, como todo el mundo, una persona que piensa, pero nos dice que pensar, en definitiva, consiste en «tomar en cuenta la limitada variedad de factores que intervienen en la más pequeña de nuestras acciones», con el agregado de que, en rigor, no existen acciones pequeñas. «Cualquier acción —pensada a fondo— es un pozo que conduce al centro de la tierra. Cuando se logra esta visión, ya no importa demasiado lo que sucede; la vida entera se convierte en algo denso y aventurero. La hormiga recorre la circunferencia del reloj o el niño se pierde en la selva de una estampilla africana». Por eso *Manual*

\* *Manual del distraído*. Por Alejandro Rossi, Editorial Joaquín Mortiz. México, 1978, 188 páginas. (Publicado en La Prensa, Buenos Aires, 21 de enero de 1979.)